

Personalmente ha abierto una brecha entre el antes, su vida como mecánico de telares, y el después, cuando se convirtió en dramaturgo. Entre una época y otra no hay mucha diferencia cuando se trata del hombre: sigue siendo el mismo taciturno y solitario que de pequeño no conoció los juegos, y que perdió a su padre en un viaje por Bolivia. El que cada vez que termina una obra cae en la inesperanza, "un estado donde no existe ni el pensamiento".

Por **SILVIA PEÑA PINILLA**.
Fotografía: FRANCISCO PEREDA.

UNA escalera oscura y angosta, como sacada de Alicia en el País de las Maravillas, sube en espiral por un agujero negro. No hay luz hasta el tercer

piso, y recién en el cuarto, y último, aparece la vida y el departamento de Juan Radrigán Rojas, uno de los más talentosos dramaturgos chilenos.

Llegar allí debe asemejarse a lo que siente un ciego que de golpe recupera la vista. Su escritorio se inunda de claridad, de los ruidos y tejados del barrio 10 de Julio y del humo de la cajetilla y media de cigarrillos que fuma a diario.

Las entrevistas y biografías dicen que aprendió a leer y a escribir solo.

—¡Mentira! —enfatisa—, fui a muchos colegios, incluso a la escuela nocturna". La mayoría son historias que él mismo ha inventado para encubrir un pasado y una vida poco gratos.

Y aunque aseguró que aquí no faltaría a la verdad, no hay para qué ponerse a la defensiva, porque hay cosas que saltan a la vista desde su interior. Es tremendamente sensible, más que pesimista, como lo acusan admiradores y detractores; triston y tímido hasta pasar por pesado y creído de puro malo para hablar que es.

Afirma que ha mejorado mucho respecto de su infancia, cuando casi ni jugaba ni compartía con otros niños porque era más corto de genio que ahora.

—No tengo idea por qué sería, era como una enfermedad. Era tan tímido que no jugaba ni con mis hermanos... ahora recuerdo que ellos tampoco jugaban. ¡Eramos medio lesos! Yo me lo pasaba soñando cosas, inventando que jugaba harto.

—¿Con qué soñaba?

—Con los jovencitos de las películas. Con ser Flash Gordon o alguno de mis héroes favoritos. Pero por un rato, porque en realidad nunca quise ser ninguna cosa, era muy apagado. Nunca tuve un gran sueño.

—¿Lo tiene ahora?

—Definitivamente no. Después de tanto buscarlo llegué a la conclusión de que no tengo ninguno... Ya no tengo...

—¿Qué pasó?

—No sé dónde se produjo algo que se quebró; es que no tuve una meta que seguir, ni la tengo ahora.

—¿Cuál es su motor, entonces?

—No puedo dejar de respirar, nomás. Aunque ahora sí tengo un quehacer, me gusta mucho escribir.

Tal vez esta actitud introvertida y lacónica tenga algo que ver con la vida de gitano que le tocó de niño.

—A mi padre lo conocí poco. Era mecánico ambulante, iba a arreglar máquinas a los fundos; a veces nos llevaba y andábamos mi mamá y los cuatro hermanos por todos los pueblos. Nuestra estada duraba lo que el trabajo.

Su madre había sido profesora en una oficina salitrera, y para entretener a sus hijos, durante las noches, les contaba historias.

—Esos son los momentos más lindos que recuerdo. Hacíamos fogatas en algún potrero y esperábamos a mi papá. Sé

que ella hubiese querido tener raíces, su espacio propio, pero con mi padre no era posible.

Una noche se quedaron con el fuego encendido.

—Fue en Bolivia. Hasta allá habíamos llegado arreglando máquinas; un día él no volvió más. El cónsul nos trajo de regreso a Chile. Años más tarde supimos que había muerto en Quilpué mientras trabajaba en una carbonería.

EL DUELO ETERNO

La realidad y la vida comenzaron cuando descubrió que podía escribir. Ese hecho dividió su existencia en dos partes: una prehistoria silenciosa y una historia algo más extravertida.

—Fue a los 16 años; un día me puse a escribir así nomás. Recién ahí tuve aspiraciones. Todo ese pensar solo, todos esos viajes que hacíamos con mi padre, las historias que escuchaba de mi madre, lo escribí todo. Pero resultaron cosas horribles, unos cuentos como si los hubiera escrito Zalo Reyes, llorones como boleros. Todos hablaban de conventillos, cesantes, curados y mujeres abandonadas. Menos mal que no los publiqué, porque no había ningún aporte en ellos.

Mientras, vivió de decenas de oficios. Fue mecánico de telares en una hilandería, después tuvo una librería en la Plaza Almagro. Allí estaba cuando dio con el teatro a través de su primera obra, "Testimonios de la Muerte de Sabina", y fue allí también que se atrevió a mostrársela a Gustavo Meza, que acostumbraba comprar libros usados.

Su carrera como dramaturgo había comenzado.

—Me di cuenta de que antes de dedicarme a escribir no existía, era un zombi que trabajaba, dormía y comía.

No paró más, y ya tiene 24 obras puestas en escena en Chile y en el extranjero. Pero hubo un período en que se quedó mudo, se negó a seguir jugando. Estuvo tres años encerrado, dedicado a leer y a corregir revistas como forma de sobrevivencia.

—Después de los tiempos sombríos de la dictadura no sabía cómo volver a expresarme. Cómo seguir sin decir lo mismo, sin ser majadero ni triunfalista ni tonto. Algo cambió y había que asumirlo, pero a la vez quedaba una enorme grieta sin cerrar, y yo no podía avanzar si no solucionaba eso.

Así estaba cuando encontró la leyenda de don Javier de la Rosa y el mulato Tahuada y la convirtió en su más reciente obra. Una ópera que forma parte de su trilogía del norte, centro y sur, con la música de Patricio Solovera, que estrenará en enero.

—Me imaginé que el duelo no había terminado, que todas las noches de San Juan se reencuentran los protagonistas para seguir payando. Para mí es el símbolo más cercano que pude ofrecer a todos quienes esperan que se cierre la grieta. La herida es como ese duelo eterno, algo que no concluye nunca porque es la lucha entre el bien y el mal.

Ahora empieza su segunda ópera.

—Se trata de una ciudad encantada del norte, Tololopampa, que brota de



Juan Radrigán

"ANTES DE ESCRIBIR, NO EXISTÍA"

pronto en la noche. Se cuentan muchas historias en torno a ella, siempre hay gente que ha alojado allí y a la mañana siguiente no encuentra nada más que el desierto... es puro misterio.

OBRAS SIN MUSAS

Hay sólo una circunstancia capaz de ponerlo eufórico: su trabajo a punto de estar listo.

—Cuando estamos ensayando y falta poco para estrenar son los momentos más felices que he tenido, tengo y tendré.

En contraste, cada vez que termina de escribir una pieza cae en un vacío absoluto que dura un mes.

—Es un tiempo en que no se me ocurre ninguna cosa; me siento a pensar y no sale nada, es bien terrible. Existe la esperanza y la desesperanza, pero justo al medio hay algo que se llama inesperanza, ahí caigo yo cada vez que termino una obra. En la inesperanza no existe ni el pensamiento.

Sólo lo salva la aparición de un nuevo tema.

—Nunca digo voy a escribir sobre esto o lo otro. De repente surge la necesidad y tengo que hacer algo específico. El tema me busca, es como escribir a pedido, tampoco vienen las musas, es puro trabajo nomás. Me siento todos los días frente al papel en blanco y escribo.

A su actual señora la conoció en el teatro a pesar de la timidez que argumenta: "Es que para eso no soy corto de genio", explica con risa nerviosa. "Yo era casado... pero eso no lo diré. En este tema me cierro como ostra".

Tiene un hijo, una hija y dos nietos que "me hacen sentir algo nuevo". Su hija también escribe.

—Unos cuentos terribles de engaños, llenos de acusaciones contra la familia; no se queda en mensajes subliminales, es bien directa.

—¿Le envía alguno a usted?

—Claro, continuamente salgo al baile. A mí me gusta su estilo, pero todavía le falta escribir mucho.

Al momento de soñar despierto elegiría ser diferente; "Me sacaría casi todo, en especial mi especie de mal genio, de aburrimiento, de no estar conforme; me encantaría ser alegre, incluso bailar, pero no lo he hecho nunca, ni siquiera un paso".

—¿Tampoco canta?

—Antes lo hacía, cuando era mecánico de telares y me tocaba trabajar solo de noche. Para que no me diera miedo, cantaba.

—¿Miedoso?

—Sí, claro, pero a la vez me atrae. Me encantaría quedarme en una casa donde penaran, tendría guión altiro. Pero acompañado; solo, nunca.

Su obsesión es que no le alcance el tiempo: "Pienso que no voy a poder escribir todo lo que quiero porque aquí en Latinoamérica la vida dura poco. Ya nos vamos yendo y eso hay que asumirlo.

Los que partimos tenemos que decir algunas cosas aunque no importen a nadie".

—¿Le asusta ese pensamiento?

—Me gustaría conocer la muerte de puro copuchento, ver cómo es la cosa, aunque creo que no existe absolutamente nada y que no me voy a encontrar con nadie. Uno se deshace, todo esto se acaba, ¿cómo vas a reconocer sin memoria, sin voz, sin nada? Allá no hay caminos ni señales, se termina todo. Es espantoso, pero es una solución buena. Ahí vamos a ver si encontramos a Dios, y si no está en la vida ni en la muerte, recién vamos a darnos cuenta.

—Pero cree en penaduras.

—Parece que son las vibraciones de los vivos. A mí me gustaría que fueran señales de otra vida... Si así fuera, me encantaría venir a penar y a tirarlos de donde sea.

—¿A quiénes penaría?

—A todos los que me han criticado mal.